



El espejo de una realidad que nadie quiere corregir

Contra quién es la guerra al hampa

En muy pocos años hemos pasado bruscamente de un horizonte de coexistencia pacífica a otro de conflicto. Decimos coexistencia pacífica porque no llegó a cuajar un proyecto nacional al que cada sector contribuyera mancomunadamente. El consenso sólo se dio acerca del marco general y este consenso significaba que cada sector social lo consideraba apto para lograr sus fines particulares. La ilusión de convergencia provenía del Estado: él hacía muchas funciones sin necesidad de pedir su aporte a la sociedad civil y además ayudaba a que cada sector se consolidase según sus metas particulares. Así posibilitaba que todos estuviéramos juntos, pero no revueltos y que no captáramos esta falta de verdaderos acuerdos y colaboraciones. Todo parecía marchar y muchos iban progresando. Había, pues, motivos para pensar que éramos un gran país y que nos entendíamos bien.

UN HORIZONTE CERRADO DE CONFLICTO INFECUNDO

Cuando se vio que este estado de cosas no podía dar más de sí y que habría que empezar a jugar otro juego, un grupo reducido pero muy poderoso quiso asegurarse su futuro sacando del país más de cincuenta mil millones de dólares, mientras los gobiernos de Luis Herrera y Lusinchi quemaban los últimos recursos para ahorrarle al país el trauma saludable de asumir la realidad y para que los ciudadanos siguieran flotando en ese limbo imposible.

Cada año que pasaba se estrechaba el margen de maniobra para replantear la situación con una cierta gradualidad aprovechando ventajas adquiridas. Y ese margen, cada vez más escaso aun en la mejor de las hipótesis, se reducía más drásticamente con el saqueo irresponsable de muchos dueños de capital, políticos y sindicaleros.

El país en vez de hacerse violencia para crecer, para profesionalizarse, para reconvertir las actividades económicas en busca de una mayor productividad, para competir en un mercado abierto luchando por las preferencias del público y por los empleos escasos a base de ofertas más ventajosas y desempeño más eficiente, está empantanado en un forcejeo para arrancar cada quien para sí la mayor tajada posible de una presa cada vez más magra. Durante estas décadas de democracia avanzamos en dos direcciones: hacia la modernización y profesionalización, y hacia donde están los hilos del poder. Esas dos direcciones (que no tienen por qué ser

opuestas y que confluyeron en los momentos más dinámicos de nuestra vida democrática) hoy son prácticamente contradictorias. Pareciera que esta hora histórica de ocaso desesperanzado estuviera signada por la incompetencia y por la rapiña. Se tiene la impresión de que, tal como se llevan a cabo hoy en día entre nosotros, las actividades económicas y políticas no pasan de ser formas violentas de apropiarse de lo poco que hay (que no es tan poco) y no desempeños creativos que merecen su correspondiente contraprestación económica. No queremos desconocer lo mucho de positivo que se viene acumulando, pero sí insistimos en que hoy por hoy no es lo vigente, lo que triunfa, lo que configura el horizonte ideológico dominante. Hoy este horizonte es de conflicto. Y no un conflicto abierto, estimulante, progresivo, superador, sino una violencia cerrada, trapacera, mezquina.

LOS CHIVOS EXPIATORIOS

En este horizonte de conflicto infecundo mucha gente se siente mal. No es sólo la estrechez económica, es también el triste despertar de un sueño infantil de inocencia y grandeza. Es el sentirse egoísta, sin asomo de solidaridad, lo contrario del estereotipo que nos habíamos hecho de nosotros mismos. El venezolano no es así, decíamos comparándonos con otros. Y ahora tenemos que reconocer que sí, que no habíamos trascendido ciertas actitudes profundas, simplemente no habíamos tenido motivo, habíamos vivido sin necesidad de confrontarnos a esos niveles. Ahora tenemos que decidir si queremos ser lobos o tomamos una actitud más constructiva, cargando nuestra cuota de responsabilidad y pagando el precio imprescindible para construir una sensibilidad y unas reglas de juego más dinámicas.

Este horizonte de violencia no constructiva y de mala conciencia colectiva es muy propicio para buscar salidas falsas. Y la más falsa, porque excluye la toma de conciencia y la transformación personal y social, es la fabricación del chivo expiatorio, el proceso de inculpación colectiva y su persecución y destrucción.

Uno de estos chivos expiatorios, aunque disuene decirlo, es la corrupción. Así ha sido procesada por el doctor Caldera desde los tiempos de su candidatura. El resultado es la demonización de la actividad económica, la degradación de las reglas de juego y ningún corrupto en la cárcel. La corrupción es un problema y los problemas

hay que manejarlos y resolverlos hasta donde se pueda. En vez de eso se lo convierte en tabú, se lo entrega a la execración pública y se lo eterniza para encubrir la propia incompetencia achacándola a ese demonio.

Otro chivo expiatorio son los políticos. Ellos mismos quieren que se los considere así: al tabuizarlos se blasfema contra ellos, pero se los deja en su aislamiento, que es su impunidad. Nadie quiere mezclarse con ellos en público para no contaminarse. Ellos se felicitan de estar contaminados y siguen los contubernios. Ni se les pide responsabilidades ni se presiona para que se transformen.

Otro chivo expiatorio puede acabar siendo el Presidente, si sigue empeñado en mantenerse por encima del bien y del mal. El mismo se está sacralizando al no querer comportarse como un jefe de gobierno sino como un Zeus que decide sin consejo ni apelación. La majestad puede cambiar fácilmente de signo para la opinión y de ser el único que no se mancha puede acabar apareciendo como el culpable de todo.

LUCES CONTRA EL HAMPA O EL EXTERMINIO DE LAS LACRAS

Pero el principal chivo expiatorio son los malandros, el hampa, las lacras que pululan en los barrios y ponen en jaque la seguridad ciudadana. Ellos son los que no tienen solución. Los que deben morir. Ellos son los que no son como uno, que es gente decente, que tiene familia y propiedades porque trabaja y se esfuerza. Ellos sólo tienen armas y resentimiento. Y a lo mejor ni siquiera resentimiento. Están vacíos. Son máquinas de matar. Ellos están atrincherados en los barrios, ese territorio deforme y laberíntico. Un mundo inmundo que engendra esos monstruos. Ellos tienen sometido a ese territorio que está fuera de la Constitución Nacional.

Esta caracterización del hampa gana terreno en la conciencia de la clase media y del empresariado y se airea por los medios de comunicación hasta convertirla en un verdadero icono, una verdad evidente, fija, indiscutible, y por tanto indiscutida. No hay que molestarse en averiguar si es así. Lo que hay que hacer, y rápido, es acabar con ese mal. Un mal sin redención sólo se supera con el exterminio. Y eso es lo que está planteado. Y para eso, ya que no se pueden arrasar los barrios, que es el medio que los engendra y los oculta, hay que acordonarlos, hay que ponerlos en una cuarentena permanente, hay que peinarlos constantemente con operativos masivos, hay que mantenerlos a raya. Los habitantes de los barrios tienen que definirse. Si están con la gente decente tienen que colaborar denunciando y persiguiendo a las lacras. Si no lo hacen, es que ellos también son el enemigo.

ASUMIR NUESTRA CUOTA DE RESPONSABILIDAD

Es claro que los malandros y sobre todo las bandas de adolescentes son un problema para la ciudad. Pero es evidente que ante todo son un problema para el propio barrio. Un problema gravísimo. Pero ni las armas ni la droga provienen del barrio. Proviene de la ciudad. Ella también es responsable en gran medida del ambiente de desesperanza y de la incitación al logro a como dé lugar que son el caldo de cultivo de las actitudes de estos muchachos. Y la impunidad de que gozan proviene de la complicidad de la policía y los jueces. La sociedad civil y el Estado tienen que asumir que estos jóvenes y adolescentes son una manifestación del estado de cosas reinante, de este ambiente de conflicto sórdido en que estamos atrapados. También el barrio tiene que asumir su propia responsabilidad y por supuesto los propios jóvenes. Pero todos tenemos que reconocer que esos muchachos son de nosotros. Proviene de la matriz cultural que hoy tiene vigencia. Son el espejo deformado de nuestra propia deformidad. Por eso la decisión de exterminarlos esconde la decisión de no reconocernos y de no transformarnos. Y sólo esta decisión es superadora. La otra nos entrega en manos de nuestros demonios.

Primero hemos empobrecido a los habitantes de los barrios. Todos reconocen que sobre ellos ha recaído el mayor peso de las políticas económicas. Después los hemos autoculpabilizado: en vez de reconocer la injusticia que pesa sobre ellos, se les ha inculcado que están así porque no tienen capacidad para más, porque no son competitivos, porque no merecen más. Y ahora, para cerrar el círculo vicioso (el proceso de fetichización), los calificamos de enemigos y les declaramos la guerra.

Y lo más grave es que esto sucede en un momento en que venía abriéndose paso un encuentro, por fin, entre los habitantes del barrio, que ven que el suyo es un hábitat permanente y luchan por humanizarlo, y sectores de la ciudad que empiezan a reconocer al barrio y a sus habitantes y emprenden una incipiente colaboración institucional. Es antihistórico y trágico que, cuando se abre este nuevo ciclo tan promisor, una campaña de fetichización irresponsable pueda sepultar unos esfuerzos tan arduos y humanizadores.

Mientras no reconozcamos que la dirección vigente es infecunda, y no cambiemos esta violencia de llegar al botín a como dé lugar por el esfuerzo constructivo por capacitarnos y producir riqueza competitivamente, seguiremos buscando chivos expiatorios, y la espiral de la violencia llegará a hacerse incontenible y acabará por atraparnos a todos. Aún estamos a tiempo de cambiar de rumbo. ■